

# CARTA IV A SANTA INÉS DE PRAGA

## [CtaCla4]

<sup>1</sup>A quien es la mitad de su alma y relicario de su amor entrañable y singular, a la ilustre reina, a la esposa del Cordero, el Rey eterno, a doña Inés, su madre carísima e hija suya especial entre todas las demás, <sup>2</sup>Clara, indigna servidora de Cristo e sierva inútil de las siervas de Cristo que moran en el monasterio de San Damián de Asís, le desea salud, <sup>3</sup>y que cante, con las otras santísimas vírgenes, un cántico nuevo ante el trono de Dios y del Cordero, y que siga al Cordero dondequiera que vaya (cf. Ap 14,3-4).

<sup>4</sup>¡Oh madre e hija, esposa del Rey de todos los siglos!, aunque no te haya escrito con frecuencia, como tu alma y la mía lo desean y anhelan por igual, no te extrañes, <sup>5</sup>ni creas de ninguna manera que el incendio de la caridad hacia ti arde menos suavemente en las entrañas de tu madre. <sup>6</sup>Este ha sido el impedimento: la falta de mensajeros y los peligros manifiestos de los caminos. <sup>7</sup>Pero ahora, al escribir a tu caridad, me alegro mucho y salto de júbilo contigo en el gozo del Espíritu (cf. 1 Tes 1,6), oh esposa de Cristo, <sup>8</sup>porque tú, como la otra virgen santísima, santa Inés, habiendo renunciado a todas las vanidades de este mundo, te has desposado maravillosamente con el Cordero inmaculado (cf. 1 Pe 1,19), que quita los pecados del mundo (cf. Jn 1,29).

<sup>9</sup>Feliz ciertamente aquella a quien se le concede gozar de este banquete sagrado (cf. Lc 14,15; Ap 19,9), para que se adhiera con todas las fibras del corazón a Aquel <sup>10</sup>cuya hermosura admiran sin cesar todos los bienaventurados ejércitos celestiales, <sup>11</sup>cuyo afecto conmueve, cuya contemplación reconforta, cuya benignidad sacia, <sup>12</sup>cuya suavidad colma, cuya memoria ilumina suavemente, <sup>13</sup>a cuyo perfume revivirán los muertos, y cuya visión gloriosa hará bienaventurados a todos los ciudadanos de la Jerusalén celestial: <sup>14</sup>puesto que Él es el esplendor de la eterna gloria (cf. Heb 1,3), el reflejo de la luz eterna y el espejo sin mancha (cf. Sab 7,26). <sup>15</sup>Mira atentamente a diario este espejo, oh reina, esposa de Jesucristo, y observa sin cesar en él tu rostro, <sup>16</sup>para que así te adornes toda entera, interior y exteriormente, vestida y envuelta de cosas variadas (cf. Sal 44,10), <sup>17</sup>adornada igualmente con las flores y vestidos de todas las virtudes, como conviene, oh hija y esposa carísima del supremo Rey. <sup>18</sup>Ahora bien, en este espejo resplandece la bienaventurada pobreza, la santa humildad y la inefable caridad, como, con la gracia de Dios, podrás contemplar en todo el espejo.

<sup>19</sup>Considera, digo, el principio de este espejo, la pobreza de Aquel que es puesto en un pesebre y envuelto en pañales (cf. Lc 2,12). <sup>20</sup>¡Oh admirable humildad, oh asombrosa pobreza! <sup>21</sup>El Rey de los ángeles, el Señor del cielo y de la tierra es acostado en un pesebre. <sup>22</sup>Y en medio del espejo, considera la humildad, al menos la bienaventurada pobreza, los innumerables trabajos y penalidades que soportó por la redención del género humano. <sup>23</sup>Y al final del mismo espejo, contempla la inefable caridad, por la que quiso padecer en el árbol de la cruz y morir en el mismo del género de muerte más ignominioso de todos.

<sup>24</sup>Por eso, el mismo espejo, puesto en el árbol de la cruz, advertía a los transeúntes lo que se tenía que considerar aquí, diciendo: <sup>25</sup>*¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor!* (Lam 1,12); <sup>26</sup>respondamos, digo, a una sola voz, con un solo espíritu, a quien clama y se lamenta con gemidos: *¡Me acordaré en mi memoria, y mi alma se consumirá dentro de mí!* (Lam 3,20). <sup>27</sup>¡Ojalá,

pues, te inflames sin cesar y cada vez más fuertemente en el ardor de esta caridad, oh reina del Rey celestial!

<sup>28</sup>Además, contemplando sus indecibles delicias, sus riquezas y honores perpetuos, <sup>29</sup>y suspirando a causa del deseo y amor extremos de tu corazón, grita: <sup>30</sup>*¡Llévame en pos de ti, correremos al olor de tus perfumes* (Cant 1,3), oh esposo celestial! <sup>31</sup>Correré, y no desfalleceré, hasta que me introduzcas en la bodega (cf. Cant 2,4), <sup>32</sup>hasta que tu izquierda esté debajo de mi cabeza y tu diestra me abrace felizmente (cf. Cant 2,6), hasta que me beses con el ósculo felicísimo de tu boca (cf. Cant 1,1). <sup>33</sup>Puesta en esta contemplación, recuerda a tu pobrecilla madre, <sup>34</sup>sabiendo que yo he grabado indeleblemente tu feliz recuerdo en la tablilla de mi corazón (cf. Prov 3,3; 2 Cor 3,3), teniéndote por la más querida de todas.

<sup>35</sup>¿Qué más? En cuanto al amor que te profeso, que calle la lengua de la carne, digo, y que hable la lengua del espíritu. <sup>36</sup>¡Oh hija bendita!, porque la lengua de la carne no podría en absoluto expresar más plenamente el amor que te tengo, ha dicho esto que he escrito de manera semiplena. <sup>37</sup>Te ruego que lo recibas con benevolencia y devoción, considerando en estas letras al menos el afecto materno por el que, a diario, ardo de caridad hacia ti y tus hijas, a las cuales encomiéndanos mucho en Cristo a mí y a mis hijas. <sup>38</sup>También estas mismas hijas mías, y principalmente la prudentísima virgen Inés, nuestra hermana, se encomiendan en el Señor, cuanto pueden, a ti y a tus hijas.

<sup>39</sup>Que os vaya bien, carísima hija, a ti y a tus hijas, y hasta el trono de gloria del gran Dios (cf. Tit 2,13), y orad por nosotras.

<sup>40</sup>Por las presentes recomiendo a tu caridad, en cuanto puedo, a los portadores de esta carta, nuestros carísimos el hermano Amado, querido por Dios y por los hombres (cf. Eclo 45,1), y el hermano Bonagura. Amén.